

"Turista, no vaya a la corrida", decía uno de los carteles. "Español, despierta. Esta no es la fiesta nacional, sino la vergüenza nacional. La tortura no es arte ni cultura", decía otro.

En una de las puertas de entrada de la Plaza Monumental de Las Ventas, "la catedral del toreo", un pequeño grupo discutía acaloradamente el pasado sábado.

Un madrileño, lleno de arder patriótico, gritaba: "¿Por qué no es vais a Francia, a protestar por lo que allí hacen con los gansos?". Otro, del mismo bando, añadía: "Brigitte Bardot, en lugar de atacar a nuestras corridas de toros debería hacer una guerra para salvar la vida de los gansos, destinados a transformarse en foie gras".

Un joven, con <sup>UN</sup> espíritu semejante a los mártires cristianos en el Coliseo de Roma, replicó:

"Si el toreo es arte, el canibalismo es gastronomía".

Una veintena de "aficionados" se abalanzaron sobre el heroico "comando antitaurino" y comenzaron a golpearlos. La policía intervino para protegerlos y aconsejarles que se retiraran.

En la Puerta del Sol, en la calle de Alcalá y en la Gran Vía han pegado sus carteles: "Abolición de la tortura. Abolición de las corridas de toros", dice uno. "Ya es hora que los verdaderos demócratas españoles digamos no a los únicos vestigios que quedan de la Inquisición y de los circos romanos", dice otro. Los firman el Frente de Liberación Animal y la Unión Antitaurina, asociaciones que viven en la semiclandestinidad. Para entrar en contacto con ellos hay que hacerlo a través de un apartado postal, ya que no se atreven a dar una dirección o un número de teléfono por temor a las iras de los aficionados a la "fiesta nacional".

Entre los políticos hay disparidad de criterio, aunque dominan los amantes de las corridas. Alfonso Guerra llegó a exigir, cuando era vicepresidente del Gobierno, que un reactor de la Fuerza Aérea lo llevara a su Sevilla natal, porque temía no llegar en hora a la corrida. Otro diputado socialista, el ex-ministro del Interior, José Barrionuevo, declaró: "Hay una violencia que es hermosa, una estética de la violencia que es arte: las corridas de toros". Su opinión resulta contraproducente. Barrionuevo está <sup>procesado por</sup> ser uno de los organizadores de los grupos paramilitares GAL durante la guerra sucia.

El Rey don Juan Carlos, a diferencia de su padre y de su

abuelos, que no se perdían una corrida de la feria madrileña de San Isidro, no va a los toros. Hay un motivo: su esposa, la Reina doña Sofía, es una firme defensora de los animales, no solo está contra las corridas de toros, sino también contra el sacrificio de cualquier